

# ROBINSON

## MURIEL SPARK



1. Restos del avión
2. Casa de Robinson
3. Lago azul y verde
4. Campo de mostaza
- 5-6. Caminos que llevan a la playa de arena blanca
7. Playa de arena blanca
- 8, 13, 18. Túneles secretos
9. Granja y molino abandonados
10. Cementerio
11. El Mercado
12. Acanfilados escarpados
14. El Horno
15. Plantaciones de granadas
- 16-17. Rocas de lava
19. Pasturas



OCEANO ATLANTICO

MURIEL SPARK

# Robinson

Traducción de *Ernesto Montequin*



LABESTIA  
EQUILÁTERA

Spark, Muriel  
Robinson. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :  
La Bestia Equilátera, 2013.  
224 pp. ; 20x13 cm.

Traducido por: Ernesto Montequin  
ISBN 978-987-1739-59-2

1. Narrativa Inglesa. 2. Novela. I. Ernesto Montequin,  
trad. II. Título  
CDD 823

Diseño de interior: Daniela Coduto  
Corrección: Cecilia Espósito

Título original: *Robinson*  
© Copyright Administration Limited, 1958  
© Ernesto Montequin, de la traducción  
© 2013 La Bestia Equilátera S.R.L.  
Aguilar 2023  
Buenos Aires, Argentina  
info@labestiaequilatera.com  
www.labestiaequilatera.com

ISBN 978-987-1739-59-2  
Hecho el depósito que indica la Ley 11.723

Queda prohibida la reproducción total o parcial  
de esta obra, por cualquier medio o procedimiento,  
sin permiso previo del editor y/o autor.

*Para mi madre y mi padre  
con amor*

# MAPA ROBINSON

220 kilómetros cuadrados



1. Restos del avión
2. Casa de Robinson
3. Lago azul y verde
4. Campo de mostaza
- 5-6. Caminos que llevan a la playa de arena blanca
7. Playa de arena blanca
- 8, 13, 18. Túneles secretos
9. Granja y molino abandonados
10. Cementerio
11. El Mercado
12. Acantilados escarpados
14. El Horno
15. Plantaciones de granadas
- 16-17. Rocas de lava
19. Pasturas

## CAPÍTULO I

Si me preguntaran qué recuerdos tengo de la isla, cómo fue estar varada allí por accidente durante casi tres meses, respondería que habría sido un paisaje y un tiempo imaginarios, si no fuera por los signos visibles que prueban su materialidad: mi diario, la gata, los recortes de periódicos, la curiosidad de mis amigos y también mis hermanas, que siempre me miran, creo, como a alguien que hubiese vuelto de entre los muertos.

Habrán leído acerca del incidente en los artículos de la prensa, donde se incluían algunas fotografías aéreas de la isla en las que, al verlas mucho tiempo después, me costó reconocer el escenario de lo que voy a contarles. En primer lugar, el diario es lo que me ayuda a orientarme. Despliega ante mí la trama de pensamientos y de acciones oculta entre los hechos que registré. Por mi diario estuve a punto de encontrar la muerte.

Tres de nosotros fuimos expulsados del avión en llamas cuando se desplomó en la isla de Robinson. Éramos los únicos sobrevivientes de veintinueve pasajeros, con la tripulación incluida y, como ustedes saben, se nos consideró perdidos hasta que nos encontraron dos meses y veintinueve días más tarde.

Sufrí un fuerte golpe en la cabeza y la dislocación del hombro izquierdo. Jimmie Waterford solo se hizo algunos cortes y raspaduras. Tom Wells quedó con algunas costillas fracturadas. Me recuperé pronto y no habían pasado diez días en la isla cuando empecé a llevar mi diario en un cuaderno de hojas humedecidas que Robinson me dio con ese propósito. Veo que empecé por escribir mi nombre, el lugar y la fecha, como sigue:

January Marlow,  
Robinson  
20 de mayo de 1954

Me llamo January porque nací en enero. Me gustaría aclarar que jamás me llamaron Jan, aunque algunos de los periódicos utilizaron ese nombre en sus titulares cuando se conoció la noticia de que nos habían rescatado.

En aquel momento Robinson pensó que llevar un diario mantendría ocupada mi mente y yo fantaseaba que más adelante podía usarlo como material para una novela. Eso fue algo bastante extraño, ahora que lo pienso, porque entonces no había anticipado que el diario se volvería en mi contra, a tal punto que, habiendo sobrevivido al accidente de avión, me pondría casi al borde de la muerte.

A veces no recuerdo con precisión los detalles de hechos recientes hasta que alguna palabra o un objeto, casi sacramental, roza mi memoria y de pronto el pasado desfila ante mí, dejándome absorta, como cuando decimos que ha pasado un ángel, y entro en él como en el haz de un reflector.

Cuando volví a mirar, hace poco tiempo, mi diario de la isla, encontré las palabras: “Robinson nos hizo escuchar a Rossini en su gramófono”. Recordé entonces no solo la adicción de Robinson a Rossini, sino todo lo que pensé aquella noche. Era el veinticinco de junio, poco antes de que Robinson desapareciera. Recuerdo que aquella noche, era mi séptima semana en la isla, salí de la casa de Robinson y bajé por el camino de la montaña entre las siringas azules hasta llegar a la costa. Era una noche cálida, sin neblina, con luna llena. Sentí ganas de abrir los brazos y adorar la luna. “Pero”, me dije, “soy cristiana”. Aun así sentí esa atracción horrible y sensual hacia la luna y regresé a la casa levemente perturbada.

Mientras yacía aquella noche en mi colchón recordé que mi abuela de Hertfordshire solía recitar unos versos a la luna nueva, sin importar si estaba sola o en una calle llena de gente. Volví a verla entonces en el recuerdo, como la veo ahora, dando un paso al costado del camino, con la mirada fija en la pálida luna creciente recortada contra el oscuro cielo del norte:

*Luna nueva, luna nueva, sé buena otra vez  
Y tráeme regalos, uno, dos, tres.*

Y luego se inclinaba tres veces. “Uno”, repetía. “Dos. Tres”. Cuando era niña me avergonzaba cada vez que salía con ella durante la luna nueva. Temía a cada momento cruzarme con una de mis compañeras de escuela y que me asociara con esta conducta excéntrica. Me distraigo, porque todavía estoy un poco embriagada con el recuerdo de mi deseo repentino



de adorar la luna entre las altas siringas y la santa rita durmiente, con el mar en mis oídos.

Era la única mujer en la isla. Y dicen que la mentalidad pagana puede imponerse en las mujeres en cualquier momento, más aún en una isla y sobre todo en una isla como aquella. No me refiero solo a la luna ni al accidente. Pienso ahora que mis percepciones durante todo aquel período tenían una cualidad preancestral, que había un encantamiento, una fuerza primitiva y visceral que probablemente nos impulsaba a todos.

A veces la gente me dice: “Si usted no hubiera hecho ese viaje...”, “Qué pena que no haya tomado un vuelo anterior...” o “¡Pensar que estuvo a punto de viajar por mar!”.

Tiendo a rechazar la idea que yace detrás de estos comentarios así como rechazo la idea de que es mejor no haber nacido.

El avión se estrelló el diez de mayo de 1954. Iba rumbo a las Azores, pero no encontró el aeropuerto de Santa María a causa de la niebla. Desperté en la orilla de un lago azul y verde en medio de la montaña y de inmediato pensé: “El barco bananero debió de haber naufragado”. Y volví a perder el conocimiento.

Es cierto que estuve a punto de tomar un barco bananero que iba hacia las Antillas y que haría una escala en las Azores, pero poco a poco mis amigos fueron disuadiéndome a medida que observábamos a los indios, daneses e irlandeses que vagaban en los muelles de la Compañía de las Indias Orientales en Londres. Y por eso en mis sueños, aunque finalmente había tomado la costosa ruta aérea de Lisboa, todavía existía el barco bananero.

Cuando desperté por segunda vez me hallaba en la casa de Robinson. Estaba tendida sobre un colchón colocado en el piso y al moverme sentí un dolor agudo en un hombro. A través de la resolana que entraba por una puerta entornada podía ver un extremo del lago azul y verde. Al parecer estábamos a una altura considerable, en la ladera de una montaña.

Podía oír que alguien se movía en uno de los cuartos contiguos, ubicado a mi izquierda. Algunos segundos después oí las voces de dos hombres.

—¡Basta! —grité. Las voces callaron. Luego una murmuró algo.

Enseguida una puerta se abrió a mi izquierda. Intenté girar, pero el dolor me detuvo, y esperé mientras un hombre entraba en la habitación y caminaba hacia mí.

—¿Dónde estoy?

—En Robinson —dijo.

—¿Dónde?

—En Robinson.

Era bajo y robusto, con la cara curtida y el pelo canoso y enrulado.

—En Robinson —repitió—. En el océano Atlántico Norte. ¿Cómo se siente?

—¿Quién es usted?

—Robinson —dijo—. ¿Cómo se siente?

—¿Quién?

—Robinson.

—Creo que tengo una conmoción cerebral —dije.

—Me alegro de que piense eso porque es cierto —dijo—.

Saber que uno tiene una conmoción cerebral cuando la tiene es un tercio de la cura. Veo que usted es inteligente.

Al oír esto decidí que Robinson me gustaba y volví a dormirme. Me sacudió hasta despertarme y puso ante mis labios un jarro de leche agria y tibia. Mientras yo la tragaba, dijo:

—Dormir es otro tercio de la cura y la alimentación es el restante.

—Me duele el hombro —dije.

—¿Cuál?

Toqué mi hombro izquierdo. Estaba cubierto de vendas.

—¿Cuál hombro?

—Este —dije—, el que está vendado.

—¿*Cuál* hombro? No lo señale. Piense. Descríbalo.

Me detuve a pensar. Enseguida dije:

—El hombro izquierdo.

—Es cierto. Se recuperará pronto.

Un gatito de pelo sedoso azul grisáceo entró, se sentó en el umbral y se puso a mirarme entrecerrando los ojos hasta que me dormí.

Esto sucedió veinticuatro horas después del accidente. Cuando volví a despertar era de noche y tuve miedo.

—¡Basta! —grité.

No hubo respuesta. Entonces, luego de unos minutos, volví a gritar:

—¡Basta, Robinson!

Algo suave y vivo saltó sobre mi pecho. Grité, me incorporé a pesar del dolor que el movimiento me provocó en el hombro. Mi mano alcanzó a tocar pelo suave mientras la gata bajaba de un salto al colchón.

Robinson entró con un quinqué y se inclinó para examinarme bajo su luz.

—Pensé que era un ratón —dije—, pero era la gata.

Dejó la lámpara sobre una mesa lustrosa.

—¿Se asustó?

—Bah, soy bastante valiente. Pero primero fue la oscuridad y después la gata. Pensé que era un ratón.

Se inclinó y acarició a la gata, que se restregaba contra sus piernas.

—Se llama Bluebell —dijo y salió del cuarto.

Lo oí moverse en la habitación contigua y poco después volvió con un tazón de sopa picante y caliente. Parecía cansado y suspiró varias veces mientras me hacía tomarla.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—January Marlow.

—Piense —dijo—. Trate de pensar.

—¿Pensar en qué?

—En su nombre.

—January Marlow —dije y apoyé el tazón de sopa en el piso.

Levantó el tazón y volvió a ponerlo en mi mano derecha.

—Beba un poco y mientras tanto piense. Usted me dijo el mes y el lugar de su nacimiento. ¿Cuál es su nombre?

Este error me alegró, me dio confianza.

—Me pusieron January, un nombre inusual, porque nací en...

Lo entendió enseguida.

—Ah, sí. Ya veo.

—Pensó que era mi conmoción cerebral —dije.

Esbozó una sonrisa.

De pronto, dije:

—Debe de haber ocurrido un accidente. Viajaba en el avión de Lisboa.

Bebí unos sorbos del caldo mientras trataba de dilucidar las implicancias de mis palabras.

—No se esfuerce tanto —dijo Robinson—, no puede pensarlo todo de golpe.

—Recuerdo el avión de Lisboa —dije.

—¿Viajaba con amigos o con parientes?

Yo sabía la respuesta a esa pregunta.

—No —dije enseguida, casi gritando.

Robinson permaneció inmóvil y suspiró.

—Pero tengo que mandar un telegrama a Londres en la mañana —dije.

—En Robinson no hay oficina de correo. Es una isla muy pequeña. —Y agregé, porque supongo que puse cara de sorpresa—: Está a salvo. Creo que mañana podrá levantarse. Entonces lo verá por sí misma.

Tomó el tazón vacío y se sentó en una silla alta de mimbre. La gata saltó sobre su regazo. “Bluebell”, murmuró. Yo lo miraba acostada, semicomatosa, y me daba trabajo ordenar mis pensamientos y colocarlos en una frase. Finalmente dije:

—¿Le importaría decirme si hay alguna enfermera, alguna mujer, por aquí?

Se inclinó sobre mí como si buscara atraer mi atención.

—Eso será una dificultad para usted. No hay mujeres en la isla. Pero cuidarla no es un problema para mí. Será por

poco tiempo. Además, es necesario. —Apartó a la gata de su regazo—. Piense que soy un doctor o algo parecido.

Una voz de hombre llamó desde el interior de la casa.

—Es otro de los pacientes —dijo Robinson.

—Cuántos... el accidente. ¿Cuántos?

—Volveré pronto —dijo.

Mientras desaparecía de mi vista pensé que se veía fatigado. Bluebell arqueó el lomo, trepó a mi colchón, se hizo un ovillo y empezó a ronronear.

Estábamos a miles de kilómetros de todo. Creo que aún persistían los efectos de la conmoción cuando me levanté, la cuarta mañana después del accidente. Me tomó cierto tiempo conocer los detalles de la casa de Robinson y no fue sino hasta la semana siguiente cuando empecé a preguntarme acerca de su extraño aislamiento.

Para entonces ya no había esperanza de un rescate inmediato. Muchos de ustedes recordarán que todo el Atlántico estaba avisado, que aviones militares y comerciales nos buscaban y que todos los barcos se mantenían alerta en busca de sobrevivientes o de trozos de la aeronave. Entretanto, allí estábamos en Robinson, con los restos del avión y los cadáveres. La isla estaba envuelta en niebla cuando llegó la primera expedición de rescate poco después del accidente. Robinson había encendido luces de bengala cada noche, pero cuando las patrullas volvieron, dos noches más tarde, un torrente de lluvia las había apagado. En ambas ocasiones, el avión se había retirado rápidamente del banco de niebla, por temor

a chocar con la montaña. No había nada que hacer, salvo esperar el barco que pasaría por la isla en agosto para recoger la cosecha de granadas.

Cuando me levanté un poco mareada del colchón, sentí dolor en el brazo izquierdo, que llevaba en cabestrillo, pero a pesar de ello y de lo aturdida que estaba, Robinson me puso de inmediato a cuidar a Tom Wells, que yacía con las costillas rotas, enfundado en un apretado chaleco que Robinson había hecho con tiras de lona, cosidas en diagonal de atrás hacia delante, en capas que se superponían en las dos terceras partes de cada una. Robinson explicó con sumo cuidado la función de ese chaleco antes de decirme que de ningún modo debía quitárselo al paciente. Mis horas de trabajo iban desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde, cuando Robinson me reemplazaba.

Un hombre alto y delgado, con la cabeza correctamente vendada, hacía los turnos de la noche, y creo que Robinson también lo reemplazaba durante la noche para que siempre hubiese alguien para atender a Tom Wells.

Robinson me había presentado al hombre alto; recuerdo que me llamaba “señorita January”, pero no retuve su nombre aunque me resultaba familiar. En aquellos primeros días pregunté varias veces a Robinson quién era el otro enfermero y cómo se llamaba, pero tardé una semana entera en recordar el nombre, Jimmie Waterford. Jimmie se mostraba muy amistoso conmigo, como si nos conociéramos de antes. Tardé bastante en recordar que lo había conocido en el avión de Lisboa. Sin embargo, el monosilábico Tom Wells se grabó en mi mente de inmediato.

Por aquel entonces advertí la presencia de un niño frágil y menudo, de unos nueve años de edad, de piel oscura y grandes ojos.

Lo había visto la primera vez que me levanté, pero durante varios días no reparé en él. Seguía a Robinson por doquier. Cumplía algunas tareas, como traer a la casa pequeños atados de leña y preparar el té. Se llamaba Miguel.

Durante las mañanas, Robinson me daba instrucciones. Las seguía al pie de la letra, como si estuviese atontada e incapaz de sentir curiosidad alguna. Mientras tanto, Robinson y el hombre alto se ausentaban juntos durante dos o tres horas cada vez.

Además de ser quien había recibido las heridas más graves, Tom Wells era un paciente difícil. Se quejaba y hacía ruidos casi todo el día, aunque Robinson le aplicaba inyecciones. Parecía haber comprendido nuestra situación y de hecho, en aquel momento, era más consciente que yo. Siempre he detestado a las enfermeras que son intolerantes con sus pacientes, pero muy pronto me volví irritable y brusca con Tom Wells, como si hubiera nacido para ello. Cuando me oía decirle al hombre que dejara de hacer tanto ruido, que se comportara o que bebiera esto o aquello, y frases por el estilo, Robinson sonreía con desgano. Todo esto sucedía antes de que yo hubiera asimilado mi nuevo entorno. Sabía, con una indiferencia inhumana, que había ocurrido un accidente. Acepté resignadamente la situación de hallarme en un lugar desconocido, que Robinson diera órdenes y que yo debiera cuidar a Tom Wells determinadas horas del día.

Exactamente una semana después del accidente, Robinson me dijo, mientras desayunábamos: “Intente comer lo menos posible. La mayor parte de nuestra comida es enlatada y yo no esperaba huéspedes”.



Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba comiendo. Robinson me había procurado alimento y en ese momento advertí que había estado consumiéndolo. Miré mi plato sobre la mesa redonda de madera clara. Acababa de terminar una porción de legumbres amarillentas. Junto a mi plato había un bizcocho grueso y duro a medio comer, igual a los que recordaba haber sumergido en el té cargado y tibio durante los últimos días. A partir de entonces presté atención al lugar con mayor detenimiento. Cuando aquel día empecé a actuar independientemente de Robinson, él pareció aliviado. Dos días después me dio el cuaderno para que escribiera mi diario.

Ansiaba estar de vuelta en casa, riéndome con Agnes y Julia, como cuando ellas venían a tomar el té en las tardes de invierno. Lo que más nos gustaba hacer con mis hermanas era reírnos de nuestras anécdotas de infancia y yo misma me sorprendía, más tarde, de mi propia inocencia.

Y sin embargo, en aquellos momentos, disfrutaba las tonterías que decíamos. Hubo un tiempo, después de haber abandonado la escuela para casarme, del nacimiento de mi hijo y de haber enviudado aquel mismo año, en que estuve distanciada de mis hermanas. De Agnes, porque era la mayor: huraña, soltera y resentida por mi aventura. Agnes vivía con nuestra abuela. Cuando la abuela murió, Agnes se casó con el médico; al menos se casó. Nos hicimos amigas, en la medida en que es posible ser amiga de Agnes, que, para empezar, hace ruido cuando come.

Mi hermana menor, Julia, estaba todavía en la escuela cuando me escapé para casarme. Mi marido murió seis meses después. Traté de acercarme a Julia, tan alta y bonita. Pero la consideraban una descarriada; yo también pensaba que lo era.

—Julia solo habla de hombres, hombres y más hombres —dije una vez a Agnes.

—Oh, cállate —dijo ella.

Años más tarde, Julia se casó con un corredor de apuestas. Solo se casaron por civil. No me invitaron al casamiento. Vi al corredor de apuestas en el entierro de la abuela; al principio pensé que era el dueño de la funeraria.

—Creí que era el dueño de la funeraria —susurré a Agnes.

—Oh, cállate —dijo ella. No me dijo que planeaba casarse con el médico el mes siguiente.

Luego de eso, cuando nos reconciamos, Julia y Agnes venían a tomar el té a mi casa pero rara vez yo las visitaba. Agnes vivía en Chiswick y Julia en Wimbledon; era una molestia ir a esos lugares desde Chelsea. Pronto descubrimos lo único que teníamos en común: nuestra infancia. Nos reíamos hasta que se hacían las seis de la tarde, cuando mi hijo Brian volvía a casa con la cara colorada luego de hacer deporte en la escuela. Mis hermanas jamás se iban antes de que él llegara. Supongo que me envidiaban por Brian, porque los años pasaban y ellas seguían sin tener hijos.

Cuando huí de la escuela y tuve a Brian, Agnes no demostró el menor interés por el niño. Solo demostraba curiosidad por mí. “Eres demasiado joven para esta clase de travesuras”, dijo desde su posición privilegiada como visitante

en un hospital: ella, perpendicular; yo, horizontal. “Creí que eras una chica inteligente”, dijo.

Pero cuando vieron a Brian años más tarde, mis hermanas se sorprendieron, creo, por su docilidad; de algún modo esperaban que el hijo de una muchacha tan joven fuese un malcriado.

—Vaya —dijo Julia—, miren al hijo de January. ¿No es todo un hombrecito?

Pero todavía no habían descubierto la extraordinaria destreza social de Brian, aunque ese aspecto de su personalidad ya estaba, en plena adolescencia, muy desarrollado para su edad.

A menudo me preguntaba si Agnes y Julia se molestaban en venir desde Chiswick y Wimbledon, en aquellas tardes de invierno, realmente para verme a mí y no a Brian. Aun durante la primera etapa de mi conversión religiosa, cuando se me dio por adoctrinar a mis hermanas, siguieron visitándome.

*Diario, 20 de mayo de 1954.* La superficie de Robinson es poco más de 220 kilómetros cuadrados, si es que se pueden llamar cuadrados, porque se extienden en direcciones tan irregulares. Robinson le compró la isla a un portugués hace quince años y se instaló en ella luego de la guerra. Antiguamente, la isla se llamaba Ferreira. Robinson me mostró un mapa. Si uno lo sostiene con el Este hacia arriba parece una silueta humana. Hay varias penínsulas a las cuales Robinson llama el Brazo Norte y el Brazo Sur de la isla, la Pierna Norte y la Pierna Oeste. La casa de Robinson está ubicada en una meseta a unos trescientos metros por encima del nivel del mar. Es una montaña volcánica, en cuya cima solo hay lava y cenizas, pero él dice que en

sus laderas se encuentran todos los climas conocidos. R. una vez se torció el tobillo allí arriba mientras atravesaba un brezal. En julio, el tercio superior de la montaña se cubre de tomillo en flor. Supe estas cosas por Robinson. Él me dio este cuaderno. Dijo: “Aténgase a los hechos, será lo más saludable”. Estoy siempre cansada.

Ahora, mientras miro la página ajada de la primera entrada en mi diario recuerdo que fue idea de Robinson que escribiera con letra muy pequeña y sin punto y aparte para ahorrar papel. Aun así, el cuaderno no duró hasta el fin de mi estadía en la isla; después tuve que usar algunas hojas sueltas de papel que encontré en el escritorio de Robinson.

Recuerdo que más de una vez Robinson me había aconsejado que me ciñera a los hechos. Me había aconsejado con vehemencia que no escrutara el mar con la esperanza de ver un barco, ni el cielo en busca de un avión; según él era una costumbre deprimente. Aquellas primeras semanas apenas si podía apartar mis ojos del mar y del cielo, aunque el barco que traía los víveres de Robinson y se llevaba las granadas que cultivaba no llegaría a la costa sur sino hasta la segunda semana de agosto. Yo había hostigado a Robinson con la idea de construir un transmisor de radio. Él decía que no había medios para hacerlo. “A esta altura, Brian creará que estoy muerta”, pensaba mientras escribía mi primer diario. Pero no lo escribí porque todavía no me constaba que fuese un hecho.

● Una mujer, tres hombres y un muchacho en una remota isla del Atlántico. La situación típica para que los acontecimientos se precipiten.



● Pero Muriel Spark no es "una escritora típica", y menos del montón, tal como su obra lo demuestra.

El genio,

la dulzura, la agudeza de sus insinuaciones, la invención de los personajes, ese chispeante burbujeo de champagne que acompaña los libros de la escritora escocesa.



● La isla tiene un gran lago entre verde y azulado, túneles misteriosos y un volcán rugiente.

● En este escenario, January Marlow, la narradora católica, y sus compañeros sobrevivientes de un accidente aéreo quedan al cuidado del enigmático propietario de la isla: Robinson mismo.



¿Y quién es Robinson? ¿Crusoe, Próspero o aquel de la familia suiza? ¿Y quién el autor de algún crimen que se ha cometido? No importa. La isla encantada de Muriel Spark está llena de ruidos, y el estrépito de la risa no le es ajeno.

ISBN 978-987-1739-59-2



9 789871 739592